



## Capítulo 116 - Simplemente estoy disfrutando de mi yerno.

El hombre de pelo blanco caminaba con las manos metidas en los bolsillos, con los pensamientos hechos un lío. Sin embargo, no era momento de reflexionar demasiado. En realidad, estaba analizando lo que acababa de hacer.

"Se veía linda cuando se ponía celosa", pensó, recordando la expresión de Ada al verlo besar a Raphaeline. "Pensé que iba a estallar, pero lo gestionó con mucha calma. Debería recompensarla".

Murmuró para sí mismo al cruzar una puerta imponente. Claro que las habitaciones de su Ama eran accesibles solo para unos pocos, y él era uno de ellos.

Al entrar, lo recibió la impresionante pelirroja que tenía delante. Zafiro se reclinaba tranquilamente en un opulento sillón que parecía un trono, con sus largas piernas cruzadas con natural elegancia. Sostenía una copa de vino en una mano; su mirada penetrante se entremezclaba con curiosidad y diversión.

"¿La capturaste?" preguntó, con un tono lleno de sarcasmo y una sonrisa traviesa adornando sus labios.

Vergil dio un paso adelante, con las manos aún perezosamente en los bolsillos, y respondió con una sonrisa burlona. "¿Quién sabe?"

Se acercó al amplio sofá frente a ella y, sin contemplaciones, se desparramó en él, estirando las piernas y manteniendo una actitud imponente. Sapphire





observó sus movimientos, entrecerrando ligeramente los ojos antes de levantarse de la silla.

Con la gracia de una serpiente, se deslizó hacia él, acomodándose tan cerca de él que el calor entre ellos se sintió tangible.

—¿Eh? —Vergil arqueó una ceja con tono burlón—. ¿Te estás acercando, Zafiro? Creí que preferías mantener una distancia prudencial.

Zafiro arqueó una ceja, indiferente a su evasiva. "¿Engañando a tu esposa con su madre... y ahora me coqueteas?" Hizo una pausa, dejando las palabras flotando en el aire. "No fue precisamente la mejor jugada, ni siquiera para ti. ¿Cómo se lo tomó Ada, querida?", preguntó con tono juguetón.

Soltó una risita suave, esa risa grave que parecía burlarse del destino. "¿Ada? Ay, Zafiro, mi dulce Ada aún lo está asimilando, pero no se opuso del todo. De hecho, no dijo ni una palabra. Deberías haber visto su cara. Una mezcla de sorpresa, confusión y tal vez... ¿un toque de celos?"



Vergil se recostó en el sofá, con una postura relajada, pero su mirada hacia Zafiro era todo menos casual. Una mano descansaba detrás del sofá, casi como si la abrazara. Observaba atentamente la expresión de la mujer más fuerte del mundo.

Zafiro, sin embargo, no parecía intimidada en absoluto. Hizo girar el vino en su copa con elegancia, como si la tensión en el aire fuera solo parte de un juego. "¿Celos, dices?" Su voz era melódica, llena de sarcasmo y provocación. "Me pregunto cómo reaccionaría Katharina si... nos viera ahora".



Vergil sonrió, con esa sonrisa torcida que prometía tanto como amenazaba. "A estas alturas, probablemente ya sepa lo que hice... La conoces. En cualquier momento vendrá como una tromba, gritando a todo pulmón."

Zafiro se inclinó hacia delante y dejó su copa con gracia en la mesa cercana. La distancia entre ellas se redujo peligrosamente, y su voz bajó a un tono casi conspirativo. "Estás jugando con fuego... ¿Por qué te llevaste a Raphaeline?"

Arqueó una ceja, visiblemente divertido por la advertencia. "Solo tomé lo mío. Zafiro, hablas como si fuera algo malo. Pero dime... ¿de verdad te importan mis relaciones o tienes celos de Raphaeline?"

Sus ojos brillaron, con una chispa de desafío en ellos. «Te crees muy inteligente, ¿verdad? Pero, sinceramente, ¿qué más podía esperar? En tan solo unas horas, traicionaste a tu esposa con su madre, y ahora estás aquí sentado, derrochando encanto como si el siguiente paso lógico fuera reclamar a la madre de tu otra esposa».



Sus palabras transmitían más seducción que verdadera amenaza y su expresión rezumaba encanto.

La sonrisa de Vergil permaneció intacta, irradiando pura provocación. Se inclinó ligeramente hacia adelante, acortando aún más la distancia entre ellos. "¿Y hay algún problema con eso, querida?" Su voz era profunda, un murmullo seductor que flotaba pesadamente en el aire.

Zafiro arqueó una ceja como si meditara su respuesta. Pero antes de que pudiera pronunciar palabra, Vergil se movió con la rapidez de un depredador, aferrándola firmemente por la cintura mientras la atraía hacia él.

"¿Eh?!" Ella dejó escapar un suave jadeo de sorpresa, pero no se resistió.



Pronto, Zafiro se encontró sentada en su regazo, con sus largas piernas perfectamente a horcajadas sobre su cuerpo. Podía sentir cada curva: su peso presionándolo, la calidez de sus muslos envolviéndolo, su innegable suavidad.

La sujetó con firmeza, con una mano en su cintura y la otra deslizándose perezosamente por su brazo, su tacto seguro y con un matiz de peligro. Su intensa mirada se clavó en la de ella, como si se adentrara en su alma.

—Tú también perdiste tu apuesta, Zafiro —dijo en voz baja, casi un susurro, pero imbuido de una fuerza irresistible.

Zafiro inclinó la cabeza ligeramente y sus labios se curvaron en una sonrisa que mezclaba desafío con algo más profundo.

—¿Y si pierdo, Vergil? ¿Qué planeas hacer exactamente? —Su voz era tan seductora como la de él, un choque de voluntades donde ninguno parecía dispuesto a ceder.

—Sencillo. —Se acercó, sus labios a escasos centímetros de los de ella—. Reclamo lo que es mío. Y, Zafiro... lo sabes desde el momento en que te uniste a mi juego. Apostaste sabiendo que perderías... ¿verdad?

La mirada de Zafiro lo retó, pero el leve rubor en sus mejillas delataba algo más. Sabía que la mujer que tenía delante, a pesar de toda su fuerza y control, no era inmune a su presencia. A decir verdad, él tampoco era del todo inmune a su magnetismo.

Vergil dejó que sus dedos se deslizaran hacia arriba, acariciando su cuello antes de posarse en la nuca, acunándola con la mano como si fuera frágil e indomable. Zafiro no se apartó. En cambio, se inclinó ligeramente, sus labios casi rozando los de él.





"Realmente eres un hombre valiente", murmuró ella, con un tono aún cargado de provocación, pero suavizado por un dejo de rendición.

—No es atrevimiento, tú mismo lo dijiste... «Si se convierte en mi marido, ¿te quedarás callado?», le dijo a Katharina. —Bajó aún más la voz—. Simplemente soy un hombre que cumple lo que me prometieron.

Susurró y luego comenzó a contar un recuerdo; su tono tenía un peso deliberado.

Recuerdo las tres cosas que dijiste ese día... «Si quieres poder, te lo daré». Murmuró. «Si quieres aprobación, te daré mi bendición con mi hija». Se acercó más, su aliento rozándole la oreja. «Y si tú... me deseas, te daré todo lo que tengo». Sus palabras destilaban tentación.

Con eso, la atrajo más cerca, sellando el desafío con un beso que era al mismo tiempo feroz y meticulosamente controlado.



Zafiro, a pesar de toda su resistencia, no pudo ocultar el escalofrío que recorrió su cuerpo. Su tacto era electrizante: una mezcla de dominio y ternura que la desarmaba como nadie lo había hecho jamás. Lo rodeó con sus brazos, rozando ligeramente su cuello con las uñas, probándolo, retándolo a seguir adelante.

Vergil se apartó lo justo para hablar, su aliento cálido contra sus labios. "¿Ves? Te dije que perderías. La pregunta ahora es... ¿estás lista para afrontar las consecuencias?"

Zafiro rió suavemente, con un sonido profundo y casi hipnótico. "Hablas como si no supiera exactamente en qué me estoy metiendo, Vergil." Sus uñas se deslizaron hacia su pecho, trazando un patrón perezoso mientras sus ojos



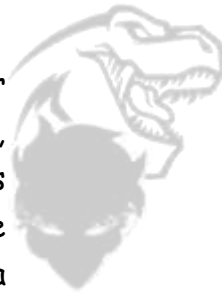
brillaban con desafío. "Pero la verdadera pregunta es... ¿estás listo para lidiar conmigo?"

Sonrió, una sonrisa que irradiaba total confianza. "Siempre, mi Zafiro. Siempre."

Y una vez más, la besó.

El beso entre Vergil y Sapphire se profundizó, sus respiraciones se mezclaron mientras él la sujetaba por la nuca con firmeza, acercándola más. Sapphire, siempre serena y en control, ahora parecía completamente perdida en la intensidad del momento. Sus uñas se clavaron ligeramente en sus hombros, y su postura, tan serena como siempre, se disolvió en una entrega total.

La habitación pareció calentarse con la fuerza de su conexión, acentuada por los suaves y húmedos sonidos de sus besos. Vergil se recostó ligeramente, acomodando a Sapphire en su regazo a una posición más íntima. Sus movimientos eran deliberados, exudando dominio absoluto mientras ella se aferraba a sus hombros para mantener el equilibrio. Su mano se deslizó hasta la parte baja de su espalda, presionándola firmemente contra él.



Cada toque encendía aún más la atmósfera y la tensión entre ellos estallaba en algo mucho más voraz.

Y entonces, la puerta de los aposentos se abrió de golpe.

El sonido resonó por la habitación, rompiendo la burbuja de deseo que los había envuelto. Vergil, con sus agudos reflejos, giró de inmediato la cabeza hacia la entrada, aunque no hizo ningún esfuerzo por soltar a Sapphire de su regazo. Sapphire también la miró, aunque con mucha más calma, con los labios



aún enrojecidos por el beso feroz y los ojos brillantes como si estuviera lista para destrozar a quien se atreviera a interrumpirlos.

De pie en la entrada estaba Viviane, paralizada como si el tiempo se hubiera detenido a su alrededor. Sus ojos, muy abiertos, clavados en la escena, con la boca ligeramente abierta, formando una "O" perfecta, y la bandeja en sus manos temblaba precariamente, amenazando con caerse.

"Mm....", balbuceó, con voz vacilante, apenas audible al principio. Pero al procesar lo que veía, su tono se volvió más firme. "¿Qué demonios está pasando aquí?"

Vergil no mostró ningún atisbo de vergüenza. De hecho, sonrió, con esa sonrisa característica suya que oscilaba entre la provocación y la audacia. «Viviane», dijo con una calma impresionante, «¿no es obvio? Estamos... conversando».

"¿Conversando?" repitió Viviane, elevando la voz una octava mientras sus ojos se movían de uno a otro.

Zafiro, sentada elegantemente en el regazo de Virgilio, su innegable cercanía, sus labios sonrojados y sus expresiones, todo hablaba de algo mucho más allá de una mera conversación.

—Bueno —intervino Zafiro, recostándose ligeramente contra el pecho de Vergil, pero sin apartarse de su regazo. Su tono era frío y rebosaba de arrogancia juguetona—. Simplemente estoy disfrutando de un rato con mi querido yerno. —Acentuó el comentario con una sonrisa provocadora.

